

# Comentarios

## ¿Sistema de partidos o caos de fragmentos políticos?

"El FMLN es un partido de partidos, no de tendencias", dijo confusamente Shafick Handal durante la realización de la convención nacional extraordinaria de dicho partido. Sin embargo, por oscura que sea la definición de Handal, ella expresa de alguna forma la profunda y difusa crisis por la que pasan las élites de la mayoría de los institutos políticos, y cuyas muestras se han magnificado tras las elecciones del presente año. Son tales las pugnas en las cúpulas que el pluralismo político a que dan pie los acuerdos de paz, antes que llevar a un sistema de partidos parece estar derivando en un caótico sistema de fracciones o fragmentos políticos.

Ciertamente, ninguna de las crisis particulares que se experimentan ha tomado por sorpresa. La mayoría de ellas eran puntos pospuestos en la agenda de cada dirigencia. Sin embargo, no por ello han dejado de causar serias amenazas de divisiones orgánicas, disidencias irreconciliables y sanciones autoritarias.

Se creyó que las elecciones producirían una redefinición trascendental de la correlación de las fuerzas políticas y de la distribución del poder estatal. Algo de esto ha habido y no puede pasarse por alto. Sin embargo, antes que una redistribución del poder lo que hubo fue una ampliación del poder del partido ARENA y la consolidación de su hegemonía política. Lo que sí puede decirse que se redefinió fue la modalidad, la magnitud y el

ritmo de las pugnas intrapartidarias. Por lo demás, el evento electoral también determinó la agonía y muerte política de institutos como el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) y el Movimiento de Solidaridad Nacional (MSN).

De lo que no hay duda, seis meses después de las elecciones, es que el ámbito de los partidos está muy lejos de constituirse en un escenario para discutir los problemas cruciales de la nación, pues progresivamente ese ámbito se ha venido perfilando, más bien, como la arena privilegiada para zanjar múltiples rencillas personales y grupales, movidas fundamentalmente por un obsesivo afán de poder, pero también por oscuros arreglos económicos.

No es difícil prever que en lo que resta del año la dinámica partidista seguirá sellada por el agitado clima de sus conflictos y por el augurio de sus redefiniciones institucionales. Lo grave de esta prolongación inevitable de las disputas internas es que se han vuelto una atávica prioridad de las dirigencias —sobre todo de las que sienten amenazada su posición—, mientras las cuestiones importantes a resolver para avanzar en la democratización del país mantienen las últimas posiciones de una larga lista de espera.

Tras las elecciones, el FMLN fue el primero en publicitar escandalosamente sus riñas domésticas, en el momento justo de instalación de la nueva asamblea legislativa —la primera en la cual esta-

rían representados. Dos décadas de acumulación de contradicciones debían explotar en algún momento y no pudo haber uno mejor ni históricamente más significativo que su inserción plena a la vida institucional del país. Con el estallido formal de las hostilidades internas, las fracciones del FMLN dieron buena cuenta de hasta dónde han avanzado en el aprendizaje político de las nuevas reglas y en su adaptación a la nueva realidad. Por los resultados del debate y la naturaleza del mismo no es difícil darse cuenta que algunos segmentos del FMLN apenas se han percatado de la necesidad de operar profundas transformaciones en sus actitudes, estrategias e iniciativas, frente a un nuevo escenario con nuevas reglas, nuevos actores y desafíos.

En esto, las posturas asumidas por tres organizaciones del FMLN (las Fuerzas Populares de Liberación, el Partido Comunista y el Partido Revolucionario de los Trabajadores Centroamericanos) que han evadido plantearse con seriedad las transformaciones que exige la nueva coyuntura y su entorno internacional, marcan un muy mal augurio para el futuro de este partido. Las disputas internas, finalmente, así como su degeneración a descalificaciones de carácter personal no permiten esperar mucho de las convenciones expresamente planificadas para superar las diferencias. Todo parece indicar que sus amplios esfuerzos por transformar al país no lograron afectarlo internamente. Así, el FMLN contribuyó a transformaciones nacionales trascendentales sin transformarse. Recuperando una de las imágenes de la filosofía aristotélica, el FMLN movió sin ser movido.

Por lo pronto, las disputas públicas del FMLN han establecido con claridad lo profundamente frágil que es su unidad orgánica y política. Y es muy difícil —sino imposible— pensar que esto pueda “cambiar para mejorar”, al menos en el corto plazo; pese a que el corto plazo se perfila como el único plazo posible para redefinir su unidad, o para ser más realistas, su alianza. En tal sentido, cualquier nueva alianza alcanzable seguirá estando —como la actual— sostenida con alfileres. Creer en la posibilidad de una alianza política sólida en el FMLN, es casi tan cercano a concebir un átomo sin núcleo. La cúpula de dirección del FMLN, así

como toda su dirigencia media, deberían plantearse con suma responsabilidad hasta qué punto esa convergencia histórica de esfuerzos denominada FMLN sigue siendo necesaria y viable en El Salvador. La posibilidad de que el FMLN haya cumplido con su papel histórico no debe descartarse apriorísticamente como respuesta a una pregunta fundamental.

La definición dada por el secretario general del FMLN, Shafick Handal, durante la realización de la convención nacional extraordinaria, y según la cual “el FMLN es un partido de partidos”, pese a la confusión teórica y a la inoperancia práctica que encierra, puede estar expresando con alguna adecuación la imposibilidad efectiva de conseguir mayores niveles de cohesión interna que los existentes hasta hoy.

Con similar escándalo que en el FMLN, el Partido Demócrata Cristiano también ha mostrado sus grietas profundas y seniles. Si bien la consistencia arenosa del Partido Demócrata Cristiano ha propiciado una erosión constante de sus estructuras orgánicas, han sido los inviernos electorales los que se han encargado de acelerar el proceso. Es así que las elecciones recién pasadas dieron motivo a nuevos e importantes desprendimientos, primero por el afán de definir los candidatos para la elección y, más tarde, por la necesidad de redefinir las directrices del partido ante el descalabro electoral. Pareciera ser que el altercado entre Fidel Chávez Mena y Adolfo Rey Prendes con motivo de las elecciones presidenciales de 1989 ha dejado más huella en el partido que sus mejores años como oposición. Ni el ex presidente José Napoleón Duarte consiguió dejar tanta huella en el Partido Demócrata Cristiano como lo han hecho estos dos dirigentes marcados por colosales fracasos políticos.

En esta ocasión, empero, las disputas domésticas parecen haber iniciado una reacción en cadena de hechos con tendencia cismática. La lucha por la candidatura presidencial llegó a enfrentar de forma directa a Fidel Chávez Mena con la familia Duarte, que apoyó al Dr. Abraham Rodríguez. El triunfo de Chávez Mena en las elecciones primarias sólo es explicable por su enorme influencia en las estructuras de partido, que



prácticamente él formó. El enfrentamiento no concluyó aquí y sólo fue coyunturalmente zanjado por la concesión de la candidatura a la alcaldía de San Salvador hecha a Napoleón Duarte hijo. Mientras esto sucedía, también se enfrentaron la dirección del partido y el denominado grupo de rescate del mismo y el destituido tribunal de honor del partido presentó recursos para impugnar la candidatura de Chávez Mena.

Más tarde, conocidos los resultados electorales y ante un evidente descalabro de su base social, las hostilidades se reiniciaron con nuevas armas y nuevas tácticas. La renuncia de toda la dirección política, encabezada por Chávez Mena y la elección de la denominada comisión política transitoria, parecía abrir las puertas a un proceso de renovación necesario en el partido. Pero ello en realidad sólo abrió el conflicto a nuevas dimensiones y temas, desviando así del saldo de cuentas que pesaba sobre la mala dirección de los viejos círculos de poder. De tal suerte, pues, que a escasos meses de las elecciones, con nuevos ropajes y pretextos, las partes en contienda renovaron sus encuentros. La deliberada ausencia de Chávez Mena y de Abraham Rodríguez no ha sido obs-

táculo para que los términos de "fidelistas" y "abrahamcistas" se acuñen en el lenguaje político. A ellos se sumó —por un breve lapso— un sector de la Juventud Demócrata Cristiana que, con mucha confusión en sus concepciones partidarias, descalificó al pleno de la dirección bajo el apelativo de "gerontócratas". En cualquier caso este sector juvenil dio evidentes muestras de encontrarse bastante cerca de las posturas fidelistas y muy alejado de los abrahamcistas.

Las grietas demócrata cristianas han tenido tal trascendencia que han afectado el escenario político más global e importantes decisiones institucionales. Fueron estas grietas las que debilitaron y doblegaron la unidad legislativa de la oposición en torno al nombramiento del presidente de la Corte Suprema de Justicia. Ni las cerradas posturas de ARENA y su apéndice —el Partido de Conciliación Nacional— habían logrado tanto en casi dos meses de discusiones. Esta mismas querrelas llevaron a un enfrentamiento interno frontal por el nombramiento del magistrado del Tribunal Supremo Electoral correspondiente al Partido Demócrata Cristiano. La asamblea tuvo que elegir a los magistrados del Tribunal Supremo Electoral,

prescindiendo del que debía proponer el Partido Demócrata Cristiano, para no violentar el plazo constitucional de la elección. Finalmente, aún cuando se presentó una terna de candidatos supuestamente consensados, nueve diputados demócrata cristianos —afines a Chávez Mena— se apoyaron en los votos de ARENA para reelegir como magistrado a Eduardo Colindres.

Que el Partido Demócrata Cristiano es en la actualidad un partido desgarrado por sus propias contradicciones es algo fuera de discusión. Mientras los fidelistas acusan a su contraparte de buscar aliarse con el FMLN —sin aclarar a qué fragmento del FMLN se refieren—, los abrahamcistas aseguran que aquéllos mantienen componendas con el partido ARENA. Lo cierto es que los demócrata cristianos han dejado meridianamente claro que la ventilación pública y bochomosa de sus pugnas internas es la única forma con la cual logran atraer la atención e interés de la población y figurar en el escenario político. Nada parece indicar, por otro lado, que exista la mínima disposición de los viejos círculos de poder para permitir un proceso de renovación partidaria verdadero y necesario.

Por otro lado, en lo que al Partido de Conciliación Nacional corresponde no merece la pena hablar mucho. Desde hace bastante tiempo, la falta de identidad política e ideológica de su dirigencia lo ha llevado a perfilarse como un simple apéndice del partido ARENA. Pero esto no parece haber sido suficiente para la dirigencia peccenista, pues de ser un partido sin identidad, el Partido de Conciliación Nacional está pasando a ser un partido sin dignidad. El nombramiento de un miembro de su dirigencia como magistrado suplente de ARENA ante el Tribunal Supremo Electoral ha sido, hasta hoy, la muestra más clara del poco respeto que se tienen a sí mismos.

El ámbito de la derecha tampoco escapa a la fragmentación política, si bien —al menos hasta hoy— las crisis han sido administradas más inteligentemente. Se había dicho desde mucho antes de las elecciones que difícilmente Calderón Sol se salvaría de fuertes contradicciones partidarias, especialmente cuando los condicionamientos de su política económica impidieran responder a las demandas de los sectores que incondicionalmente

apoyaron y financiaron su campaña política. La continuidad de la nueva administración respecto al gobierno de Cristiani y a sus esfuerzos por mantener las mejores relaciones con la comunidad internacional han venido a acelerar y a agravar esta situación. De tal suerte que grupos de la derecha política, militar y económica más radical han empezado a distanciarse de Calderón Sol y su gobierno. Hasta dónde podrá sortear ARENA sin mayor bochorno público la crisis que se avecina, es algo que no puede determinarse con certeza.

El síntoma más claro de esta grietas nuevas en la derecha y, específicamente, en el partido ARENA han sido las diversas intervenciones del presidente del Instituto Libertad y Democracia (ILYD), Kirio Waldo Salgado, quien ha manifestado una cerrada oposición a las políticas gubernamentales y ha acusado de corrupción a diversos altos funcionarios. Las disenciones son tales que Salgado, uno de los mejores defensores de la campaña y de las propuestas de Calderón Sol en el período electoral, ha anunciado que el Instituto Libertad y Democracia realizará una convención para evaluar la posibilidad de convertirse en un partido político con una clase política que “no traicione los anhelos” de los salvadoreños, como lo habría hecho el gobierno de Calderón. A esto debe sumarse que la próxima convención de ARENA para elegir al nuevo presidente del consejo nacional del partido (COENA), podría ser escenario de algunas disputas internas, rompiendo así la tradición de supuesta unidad granítica de este partido.

En suma, es bastante claro que estamos viviendo un período de intensa actividad en los partidos políticos. Con mucha probabilidad, habrán tensiones y sorpresas. Lo que no puede esperarse es que esta intensa actividad vaya a traducirse en transformaciones importantes y buenas para el país. ARENA y el resto de partidos están dando muestras significativas de su consistencia arenosa. Si se quisiera definir con precisión el escenario político-institucional de la naciente democracia salvadoreña, difícilmente se partiría del sistema de partidos como base, pues lo que subyace parece ser más bien un caos de fragmentos políticos.

C. G. R.